

LOS WAIU Y EL 12 DE OCTUBRE:

PROBLEMATICA EXISTENCIAL EN LA REALIDAD VENEZOLANA

Sabine Knabenschuh de Porta

INTRODUCCION: LO QUE NOS PREOCUPA

Por lo menos una vez al año, al celebrarse el “glorioso” 12 de octubre, el venezolano suele reflexionar, con más o menos intensidad, acerca del papel de los grupos indígenas en (o, mejor dicho, al margen de) nuestra sociedad. El que tales reflexiones —prescritas por el calendario y, en la mayoría de los casos, fácilmente olvidadas a partir del 13 de octubre— sean a menudo tanto superficiales como hipócritas, ya no nos extraña mucho. Pero lo que llama la atención a este respecto, es que frecuentemente los mismos dirigentes indígenas toman una posición algo inesperada frente a la problemática de su historia y, con ello, de su futuro. Pues predomina en gran parte de las distintas declaraciones el deseo de lograr una cuasi disimulada integración del indígena en la sociedad occidental, y no, como debería suponerse, una actitud de orgullo y verdadera reafirmación étnica frente a esa misma sociedad, tan ajena a las culturas autóctonas del país. Este alarmante conformismo de muchos dirigentes indígenas, revestido de una rebeldía detallista e intrascendente, representa una señal irrecusable de una creciente pérdida de identidad entre las etnias autóctonas.

El análisis de este mismo problema de identidad entre los indígenas de Venezuela, tomando como ejemplo la actitud de éstos frente al mito del descubrimiento, es la finalidad del presente trabajo. Un trabajo que ha nacido de una honda preocupación y tristeza personal al presenciar la agonía espiritual y existencial —no sólo en este país sino en toda Latinoamérica— de aquellos po-

cos pueblos indígenas que han podido “sobrevivir” (y muy en serio tomo estas comillas) casi medio milenio de despedazante negación.

Dentro del marco de esta profunda preocupación, y sobre la base de la observación mencionada con respecto a la actitud de los dirigentes indígenas, pretendemos esclarecer las siguientes interrogantes: ¿Cómo se manifiesta y cuáles son las causas de la actitud conformista de ciertos dirigentes indígenas? ¿Hasta qué punto su concepción corresponde a la de los pueblos que aparentemente representan, y a qué se debe la actitud de éstos? ¿En cuáles casos, y por qué motivos, el punto de vista de los integrantes y/o representantes de las agrupaciones indígenas refleja una autoconciencia y autorreafirmación más profunda? ¿Qué grado de pérdida de identidad entre los indígenas venezolanos refleja todo este panorama de actitudes?

Aclarados estos puntos, se tratará de buscar una respuesta a la preocupación subyacente: dado el estado actual del desarrollo histórico, ¿cuáles deberían ser los pasos adecuados para lograr que las etnias indígenas recuperen la identidad e integridad espiritual sin la cual ningún pueblo puede sobrevivir culturalmente?

Las afirmaciones aquí hechas se limitarán en el presente caso a un grupo indígena en el territorio del estado Zulia: el de los waiú¹ (general e injustificadamente llamados “guajiros”), pertenecientes a la familia arahuaca. A pesar de esta restricción, el resultado del trabajo podrá tener cierto valor representativo para la situación en toda Venezuela. Pues en el caso de los waiú, se trata de un pueblo indígena que (aparte de representar casi la mitad de todos los habitantes indígenas de la Venezuela contemporánea) reúne dos características muy importantes con respecto a su situación actual: por un lado, sigue conservando muchas de sus auténticas manifestaciones culturales; por otro lado, está en pleno proceso de asimilación a la sociedad criolla. Y éstas son, según mi criterio, las etnias que más deberían preocuparnos en el momento —no en el sentido de tener algún derecho de prioridad, sino de poder fungir como una especie de precursores—: las que, a pesar de encontrarse ya a medio camino de perder su autenticidad, conservan, sin embargo, suficientes elementos autóctonos como para posibilitar un restablecimiento de su integridad espiritual y cultural, dentro del marco de su nueva posición histórica.

La problemática por analizar es la problemática de la identidad vital de ciertos grupos de seres humanos, por lo cual el enfoque dado tendrá cierto matiz existencialista. Ello no significa, sin em-

1. Frente a otras representaciones usuales (“wayúu”, “wayú”, “uayú”), me atengo aquí a la ortografía propuesta por mi maestro y amigo Miguel Angel Jusayú, en su *Diccionario de la Lengua Guajira*, U.C.A.B., Caracas, 1977.

bargo, que se trate de aplicar determinada teoría existencialista a determinada realidad vital; lo que se pretende es, más bien, ver esta realidad desde una fuerte preocupación existencial. La pregunta fundamental será, en este sentido, la pregunta por la conciencia que el indígena tiene de su propio ser, dentro de todas sus implicaciones históricas.

“-ISMO” E “-ISTAS”: EL INDIGENISMO Y SUS PROMOTORES

El indigenismo como movimiento cultural, social y político ya es un lugar común para la sociedad venezolana; se manifiesta a través de prensa, radio, televisión, publicaciones especiales, foros, congresos, comisiones, institutos, confederaciones, y cuantos medios más se puedan nombrar. Pero acerquémonos con cierta cautela. El indigenismo resulta ser a veces —por no decir a menudo— mero “-ismo”, una estructura deslumbrante sin contenido alguno. Tenemos muchos casos en los que el indigenismo, de “indígena”, tiene muy poco; a pesar de alimentarse de la repetición más frecuente posible de la palabra. Ello, por otro lado, no significa que no haya habido, en el desarrollo del movimiento indigenista, preocupaciones sinceras, propuestas valiosas y avances positivos. Sin duda alguna, los hubo, y sigue habiéndolos. Pero en el momento en que se trata de establecer un saldo del movimiento en general, hay que separar bien el grano de la paja.

En su forma “tradicional”, el indigenismo fue y es, indudablemente un “indigenismo de dominación”. Su comienzo se puede situar ya en plena época colonial, cuando hubo ciertos intentos de detener el genocidio general y de integrar la población indígena a la cultura occidental. Continuó durante el período de la independencia, con promesas —nunca cumplidas— de entrega de tierras y algunas tentativas de integración social. Se acentuó a principios de este siglo con la firma de aquella desastrosa “Ley de Misiones” que repite y recalca la actitud “civilizante” de la colonia. Y ha seguido operando, bajo las mismas premisas —aunque ampliadas por un nuevo enfoque “académico”— hasta la actualidad. (¡Sólo hace falta recordar que, absurda y anacrónicamente, la “Ley de Misiones” sigue vigente!)

Etnocentrismo, paternalismo, proteccionismo, integracionismo, desarrollismo, intervencionismo, folclorismo, etnocidio directo e indirecto, éstas son las características del llamado “indigenismo tradicional” (que, por ende, tiene mucho más de “tradicional” que de “indigenismo”). Sus protagonistas (sin querer negar la labor positiva en cuanto al conocimiento de las culturas indígenas que se ha realizado en algunas ocasiones): las misiones (creando estados dentro del Estado, alguna que otra institución estatal tratando de diluir lo indígena en la sociedad criolla), y, en la modernidad, todo un ejército de antropólogos y sociólogos criollos y extranjeros (preocupándose, dentro de un exagerado cientificismo, mucho más de lo indígena que del indígena). Su objetivo

sigue siendo el de dar fin al genocidio, pero lo que falta es una conciencia crítica del etnocidio. Pues aquella intentada integración de los indígenas a la cultura occidental y a la sociedad criolla, sin ni siquiera tomar en cuenta la idiosincrasia antropológica y cultural de los pueblos aborígenes, tiene, por definición, un precio incalculable: la desintegración de las diversas comunidades y etnias, y la muerte cultural de las mismas. Se trata de una integración que significa una erradicación y alienación total: hay que dejar de ser indígena para llegar a ser ciudadano venezolano. Y ello no pertenece, de ninguna forma, a una época pasada, sino que sigue siendo un problema también en la actualidad: “El actual Presidente de la República... nos hizo en realidad una sola promesa electoral...: ‘borrar del Diccionario Venezolano la palabra Indígena’ (sic).”² Esta declaración expresa la misma actitud, por parte de los cuerpos políticos contemporáneos, que ya reinaba en tiempos de la colonia. El colonialismo original ha dejado sitio para un colonialismo interno: la única civilización es la occidental; los indígenas que no la adopten, no pueden llegar a ser felices ni, mucho menos aún, formar parte del Estado; a los indígenas, por ser una especie de menores de edad, hay que proporcionarles voceros, guiarlos, protegerlos, enseñarles cómo deben vivir y pensar, para que logren este fin supremo de elevar su nivel socio-cultural.

En otras palabras, las políticas indigenistas “tradicionales” van de acuerdo con la secular discriminación cultural, político-administrativa, territorial, social y económica de la población aborigen, y, lejos de orientarse hacia el beneficio del mismo indígena, se emplean “... para la manipulación y el control de los grupos indígenas en beneficio de la consolidación de las estructuras existentes.”³

Como “indigenismo de liberación” se entiende, en cambio, el llamado “nuevo indigenismo”, una corriente que ha surgido en varios países latinoamericanos en la actualidad y que se distingue —por lo menos en sus conceptos— considerablemente del “indigenismo tradicional”. Son tres los cambios fundamentales que se han dado en el pensamiento indigenista.

Primero, el movimiento se fundamenta en los postulados de la corriente “interculturalista”. Esta corriente se entiende como lucha por la supervivencia de las culturas indígenas, pero evitando los dos errores clásicos: que los grupos aborígenes sean excluidos del proceso histórico de la humanidad debido a una integración asimiladora y autodestructora (lo que correspondería a los viejos conceptos de “aculturación” y “deculturación”); y que estos grupos formen islotes intangibles en medio de las culturas nacionales. La solución que propone el interculturalismo, es una so-

2. Se refiere a Jaime Lusinchi (1983-1988). Cfr. “La Democracia y los indígenas”, SIC, Caracas, No. 476, 1985; pág. 283.

3. “Por la liberación del indígena”, en: **Problemas del Desarrollo**, México, No. 8, 1971; pág. 169.

lución pluricultural y bidireccional: cada cultura desarrolla su propia dinámica, enriquecida por los aportes de otras configuraciones socioculturales relacionadas con ella; lo que abre la posibilidad de autorrealización hasta para grupos muy pequeños. Bajo esta premisa, los principales fines del “nuevo indigenismo” resultan ser la autogestión (autodeterminación y autogobierno) de los pueblos indígenas y la valoración y aceptación de las lenguas y culturas aborígenes como elementos fundamentales del acervo histórico-cultural nacional.

Segundo, el “nuevo indigenismo” propone un cambio básico —como consecuencia directa de la concepción interculturalista— en cuanto al concepto y la práctica de la labor indigenista, proclamando la indelegabilidad de ésta. El indigenismo, por ende, debe iniciarse desde las propias comunidades aborígenes y no desde afuera; debe ser el mismo indígena el que propulse el movimiento, y no una entidad paternalista (sea religiosa, política o científica). Ello no significa la exclusión total de indigenistas no indígenas, sino más bien, para tales casos, la necesidad de una interacción viva y constructiva entre indígenas e indigenistas sobre la base de una preocupación del indígena por lo indígena. En otras palabras, lo que hace falta es sobre todo una “... nueva definición de la relación entre indigenistas e indígenas”,⁴ cuya condición previa será el papel principal del aborigen mismo en todo tipo de labor indigenista.

Tercero, hay otro cambio (igualmente una consecuencia de la orientación interculturalista) sugerido —o, mejor dicho, exigido— por el “nuevo indigenismo”: la necesidad de que las mayorías nacionales asuman la problemática indígena como algo íntimamente suyo. Pues no es posible establecer una interinfluencia creadora entre un grupo minoritario indígena y la nación como un todo, si la población criolla sigue rechazando o, por lo menos, malinterpretando lo indígena por considerarlo un elemento ajeno a la propia realidad e identidad.

Ahora bien, el que exista semejante tendencia nueva en materia del indigenismo, no significa automáticamente que ya esté operando constructivamente. El hecho de que, en numerosas publicaciones y declaraciones, se denuncien la “aculturación galopante”, la “pérdida de la identidad cultural”, la “discriminación y choque de leyes”, la “vergüenza étnica”, la “pérdida de individualidad”, el “etnocidio y lingüicidio”, la “manipulación de la realidad indígena”, la “desintegración de las etnias”, etc., o el hecho de que, en otros tantos casos, se hable a favor de la “ansiada autogestión”, del “derecho de los indígenas a la autodeterminación”, del “renacimiento de lo indígena”, etc., o, más concreto, de la “inviolabilidad de las tierras comunales”, del “desarrollo de una base económica autosostenida”, del “fomento del movimiento pan-indígena”, etc., todo esto no

4. Guaramato, Pedro: “El indigenismo venezolano”, en: SIC, Caracas, No. 464, 1984; pág. 173

nos proporciona todavía la herramienta para eliminar los factores criticados y lograr las metas propuestas. Y menos aún se cambiará la situación del indígena venezolano, proclamando ya, antes de haberse realizado ni siquiera una labor para salvar las culturas indígenas del exterminio, un “indigenismo proyectista” que pretende colocar al indígena “... como un arquetipo, hasta ahora despreciado, pero del que puede surgir la base de una futura civilización con pretensiones universales”.⁵

Si bien es cierto, entonces, que existe un “nuevo indigenismo” —tanto entre los mismos indígenas como entre no-indígenas—, no hay motivo aún para cantar victoria y considerar salvado el asunto indigenista. Pues todavía falta, en gran parte, tanto la verdadera orientación de indigenismo e indigenistas hacia la realidad de lo indígena y del indígena, como la verdadera conciencia de la problemática en la población aborígen y criolla. Resulta, por consiguiente, algo prematuro, afirmar ya a estas alturas demasiado confiadamente que “... se ha logrado desarrollar una conciencia de la importancia del patrimonio cultural aborígen, tanto en los propios indígenas como en sectores crecientes de la opinión pública nacional, y hasta en ciertas instituciones oficiales.”⁶ Aunque ya el ambiente esté preparado positivamente, todavía no hemos llegado al punto de poder justificar semejante optimismo. Con ello, no quiero proclamar el pesimismo, sino más bien llamar la atención sobre los peligros de un entusiasmo injustificado. No olvidemos que frecuentemente el optimismo exagerado tiene una función paralizadora, lo que significaría, en el caso del indigenismo, sofocar en su origen una tendencia que podría resultar una verdadera solución para los problemas de los aborígenes venezolanos. Para que el “nuevo indigenismo” resulte fructuoso, hará falta un trabajo educacional tanto a nivel nacional como dentro de los grupos indígenas; hará falta llenar de contenido real las estructuras teóricas, elaboradas en tan numerosas declaraciones dentro del marco del “nuevo indigenismo” y, finalmente, hará falta “elevantar” los logros culturales del indigenismo a un nivel sociopolítico (en otras palabras, integrar el Estado mismo en el movimiento), para que realmente produzcan un efecto tangible, una realización de aquella “... posibilidad muy real de reorganización de las comunidades autóctonas con vistas a su permanencia futura...”⁷

5. **Palacio Tiller, Manuel:** “El indigenismo”, en: **Panorama**, Maracaibo, 12/10/1984.

6. **Mosonyi, Esteban Emilio:** **El indígena venezolano en pos de su liberación definitiva**, Caracas, 1975; pág. 27.

7. **Mosonyi, Esteban Emilio:** “Reflexiones en torno a la problemática indígena”, en: **SIC**, Caracas, no. 422, 1980, pág. 55.

12 DE OCTUBRE: EL MITO COLONIALISTA

Entre las voces optimistas (y, según mi criterio, exageradamente optimistas) encontramos afirmaciones como la siguiente: “Como tantas veces sucede, el indígena venezolano está mucho más claro respecto a las características e implicaciones del etnocidio, de lo que puede estarlo el resto de la comunidad nacional, sin exceptuar a los científicos sociales.”⁸ A decir verdad, me provoca contestar a esta afirmación con una sola palabra: “¡Ojalá!”. Pues, si fuera así, si realmente los mismos indígenas como generalidad tuvieran una conciencia tan marcada de su propia problemática, entonces ya hubiéramos dado el paso más difícil y decisivo de todo el desarrollo de un verdadero “nuevo indigenismo”. Pero me parece que este paso no se ha dado todavía, o por lo menos, que hasta ahora existen tan sólo aproximaciones a lo que en aquella cita tan confiadamente se afirma.

El ejemplo más revelador y más complejo al respecto, es la actitud de los indígenas frente al mito colonialista del “descubrimiento” de América, ya que ésta refleja automáticamente la concepción indígena acerca de su autoubicación en la historia, y con ello, de su identidad étnica. Examinemos este ejemplo para el caso del pueblo waiú.

“Hoy, con gran entusiasmo, se inician en el barrio Ziruma las festividades en honor al Día de la Raza, fecha en que nuestros hermanos de la raza indígena se llenan de júbilo para conmemorar el descubrimiento de la América.”⁹ Sin ni siquiera preocuparnos por el momento de si esto tiene alguna relación con las opiniones de los propios waiú, surgen inmediatamente las preguntas: ¿Por qué entusiasmo? ¿Por qué festividades? ¿Por qué júbilo?

La respuesta, definitivamente, no la darán los hechos históricos. Recapitulemos: En primer lugar, aquella “hazaña” del 12 de octubre de 1492 no fue ningún descubrimiento, pues “... América no pudo ser descubierta sino por sus primeros habitantes que la pueblan hace muchos milenios... En todo caso, el descubrimiento sería mutuo. Atribuírsele unilateralmente a un grupo de europeos es un ejercicio de racismo malsano, por cuanto equivale a privar al aborigen de la facultad cognoscitiva elemental de conocer su propio habitat, y reducirlo a la penumbra de la semi-racionalidad.”¹⁰

8. Mosonyi, Esteban Emilio: op. cit. (El indígena venezolano...); pág. 40.

9. “Eventos artísticos en feria de Ziruma”, en: *Panorama*, Maracaibo, 12/10/1984. El barrio Ziruma de Maracaibo está habitado mayormente por integrantes de la etnia waiú.

10. Mosonyi, Esteban Emilio: “El ‘descubrimiento de América’: mito colonialista”, en: *El Nacional*, Caracas, 12/10/1984.

A lo sumo, cabría hablar (como lo hacen algunos¹¹) de un “encuentro” de dos culturas esencialmente distintas. Pero el término “encuentro” tiene ya una connotación demasiado positiva, una connotación de equivalencia, de paridad, e inmediatamente nos vuelve a contradecir la historia. Pues el 12 de octubre fue el inicio de tal monstruosidad genocida y etnocida que no podemos sino aprobar la afirmación de que “... tal vez la historia conozca genocidios de una violencia comparable, pero no existe otro ‘error histórico’ que haya paralizado casi instantáneamente tantas formas originales de convivencia humana rebosantes de creatividad.”¹² No hubo, pues, ni “descubrimiento” ni “encuentro”, sino sencilla y claramente una conquista, caracterizada por una violencia y un etnocentrismo totales; una conquista desde, por, y mediante lo europeo como única forma de civilización posible; una conquista para los europeos y lo europeo, a costa de los aborígenes y lo aborigen: “Para Europa no cabe duda que en 1492 se descubrió un Nuevo Mundo, la futura América, pero para los pueblos de estas tierras y sus descendientes lo que advino fue una brutal conquista, en aras del fanatismo y la codicia...”¹³

¿Dónde está entonces lo que, según el artículo citado, tendrían que celebrar los waiú? ¿En el fenómeno de la raza? ¿Cuál raza? ¿La europea: etnocéntrica, colonizadora? ¿La indígena: despreciada, sometida, explotada? ¿La “nueva raza”, la mestiza: resultado de una “... fusión carnal con genocidio espiritual y cultural”,¹⁴ o sea, eco europeo con cierto porcentaje de sangre indígena?

No hay, por ende, motivo histórico alguno, ni para los waiú ni para ningún grupo indígena de toda Venezuela, de celebrar el 12 de octubre, “Día del Descubrimiento”, “Día de la Raza”; y sin embargo, se sigue celebrando, año tras año, tanto por los waiú como por los criollos.

En el caso del criollo, la valoración del 12 de octubre es relativamente fácil de explicar: para él, aquella fecha significa generalmente el comienzo de la historia venezolana (y americana en general). Así, por ejemplo, puede suceder que un gran escritor venezolano afirme con toda tranquilidad: “... lo que ocurrió el 12 de octubre... fue... la incorporación de un nuevo continente a la historia universal... Desde el primer momento... ocurrió un completo y rápido proceso de fusión de tres culturas, la hispánica, ... las indígenas... y la que aportaron los esclavos africanos..., para crear un nuevo hecho cultural y humano que es la verdadera creación de un nuevo mundo.”¹⁵

11. Cfr. Abreu, Régulo: “Encuentro de dos mundos”, en: **Panorama**, Maracaibo, 12/10/1988.

12. Mosonyi, Esteban Emilio: art. cit. (“El ‘descubrimiento’...”)

13. Lombardi, Angel: “La otra historia”, en: **Panorama**, Maracaibo, 11/10/1984.

14. Barandiarán, Daniel de: “Los valores nacionales y el indio”, en: **SIC**, Caracas, no. 338, 1971; pág. 369.

15. Uslar Pietri, Arturo: “No pasó nada el 12 de octubre”, en: **El Nacional**, Caracas, 05/10/1986.

Más aún: en muchos casos, el criollo parte de una fuerte autonegación (negando el pasado indígena y, por ende, a sí mismo), considerando que se es “valioso” y “civilizado” sólo y exclusivamente gracias a la cultura occidental (y ni la valoración de la independencia venezolana puede cambiar este punto de vista), y, lo que es peor, desde este “nivel de civilización” se vuelve a menudo hacia atrás, simulando una especie de orgullo de estar unido también a aquellos aborígenes que, a pesar de no haber alcanzado nunca la “civilización” traída por las carabelas de Colón, representan por lo menos un elemento autóctono de esta parte del mundo. Y, ¡ojo!, “autóctono” aparece aquí más bien como sinónimo de “folklórico”. ¿De qué otra manera se puede interpretar, por ejemplo, la oficial celebración del “Día de la Raza”, anunciada por la Gobernación del estado Zulia, que comienza con una “ofrenda floral ante la estatua del Almirante Cristóbal Colón” y termina con la “participación en los actos folclóricos en Paraguaipoa?”.¹⁶ De la misma actitud da testimonio esta frase en una de tantas publicaciones regionales acerca del 12 de octubre: “Se trata de rendir una vez más justiciero homenaje a nuestra raza autóctona, a los genuinos representantes de un continente que nació desde el momento en que el genovés Almirante Cristóbal Colón hizo realidad su pensamiento en lo que llamó la ‘imago mundi’...”¹⁷ Expresiones paternalistas y pseudo-benévolas como “nuestros indígenas”, “nuestros guajiros”, “nuestra raza autóctona”, etc., abundan en numerosos artículos de prensa cuyo tenor resulta ser siempre el mismo: “Al guajiro hay que ayudarlo a fomentar su fuente de trabajo y hay que educarlo para que le pueda ser útil al Estado, y por ende, a que pueda superarse y así enfrentarse a la vida con posibilidades de triunfo.”¹⁸

Reflejos de esta actitud se encuentran, además, diariamente en ciertas acciones “pro indígenas”; acciones detallistas sin fundamentación sólida: en la donación de libros escolares a niños waiú, en la inclusión de las etnias en el proceso de cedulação nacional, en “acciones cívicas” esporádicas que incluyen consultas médicas, bolsas de alimentos, servicio de barbería, payasos y piñatas...

“KASA ‘CHIKI”: TIENE LA PALABRA EL INDIGENA

Ahora bien: conocemos de sobra la actitud tanto de las instituciones estatales como la de la comunidad criolla en general, respecto al 12 de octubre y sus implicaciones. ¿Y los indígenas mis-

16. En: *Panorama*, Maracaibo, 12/10/1986. Paraguaipoa, pequeña ciudad fronteriza con Colombia, está habitada mayormente por integrantes de la etnia waiú.

17. “Día de la Raza”, en: *Panorama*, Maracaibo, 12/10/1986.

18. Castro Bohórquez, Jesús: “La zona franca de la Guajira”, en: *Panorama*, Maracaibo, 14/07/1982.

mos? ¿Cuál es, por ejemplo, el punto de vista de los waiú? ¿Cómo se explica que sigan considerando, no obstante los hechos históricos, el 12 de octubre como un “día suyo” que merece ser celebrado? Aquí llegamos al núcleo de todo el problema indigenista: si el indígena mismo no es capaz de rechazar “festividades” de este tipo, o sea, rechazar elementos constitutivos de ese colonialismo etnocida que amenaza con desintegrar por completo su propia etnia, ¿cómo podrá establecerse jamás un verdadero indigenismo que surja desde las mismas comunidades indígenas?

Al plantearse preguntas de esta índole, las miradas se ponen, casi automáticamente, en los dirigentes indígenas. Pues, siendo dirigentes, tienen que ser representantes (así por lo menos se supone), y siendo representantes, expresarán las opiniones de las etnias a que pertenecen. Ahora bien, acerca de este tema, hay que mencionar un fenómeno que, al ser nombrado, puede que suene hasta gracioso, pero que, en la realidad, constituye un hecho fatal para todos los integrantes de las comunidades indígenas: el dirigente indígena muestra a menudo un desarrollo en su actitud que resulta ser directamente proporcional al grado de su integración y de su prestigio personal en la sociedad criolla; comienza siendo indígena, pasa después a dirigente indígena, y termina siendo simplemente... dirigente.

Si revisamos detenidamente las diversas manifestaciones públicas de estos “representantes”, hallamos frecuentemente que este desarrollo se da en cuatro etapas típicas:

En la primera etapa, el dirigente suele mostrar una actitud crítica y luchadora, una clara conciencia de las implicaciones que tiene la general concepción de los factores histórico-sociales para los indígenas, un orgullo étnico auténtico y convincente, y la fuerte voluntad de una verdadera reafirmación étnica aun dentro de la realidad nacional.

En la segunda etapa, el dirigente, sin que cambie todavía su actitud fundamental, sí suele mostrar un cambio considerable en cuanto al “tono” de sus declaraciones: la crítica vehemente de la primera etapa se suaviza, los principales factores histórico-sociales son presentados con la frialdad descriptiva de un libro de historia, y aparece un elemento nuevo, el optimismo, la confianza, ahora no sólo en los mismos indígenas, sino también —y sobre todo— en el país, la nación.

La tercera etapa suele ser la etapa central, decisiva, evidenciando ya un cambio mucho más marcado, por no decir un cambio total. Este es el momento en que se nos presenta un “dirigente indígena” cuya función principal consiste en organizar espléndidos programas de festividades, con la supuesta finalidad de lograr la “reafirmación étnica” del respectivo grupo indígena. Pero el contexto en el cual suele aparecer ahora esta aspiración —en otras ocasiones tan convincentemente expresada— la vacía de todo contenido y la convierte en tópico superficial y mecánico.

La cuarta etapa, finalmente, representa una especie de punto culminante en el “currículum” de este tipo de “dirigente indígena”. Es la etapa en que éste se ha convertido plenamente en polí-

tico criollo, y como tal suele exponer y proclamar las “políticas indigenistas” de algún partido político al cual ahora debe adherencia y lealtad.

Estos “representantes”, entonces, se desconectan –en su última “fase”– totalmente de los intereses de sus comunidades, y comienzan a ver la problemática indigenista, ya no desde su etnia, sino desde la sociedad criolla. Su inicial defensa de los derechos y de la identidad e integridad de la etnia se convierte, poco a poco, en el mismo paternalismo que había atacado con toda fuerza al inicio de su “carrera”. Son ellos los que resultan conformistas y falsos representantes, sin fuerza ni interés de luchar; conformistas por el simple hecho de haberse convertido en un alma criolla dentro de un cuerpo indígena. Y así puede suceder que se observen entre los dirigentes indígenas “... luchas por el poder y por la representación en la política indigenista oficial.”¹⁹

Sin embargo, el panorama no es tan desesperante como parece. También se conocen casos en que los dirigentes siguen sintiéndose indígenas, en que siguen luchando por su causa, en que han sabido demostrar la sinceridad de sus acciones y proclamaciones. Se trata de aquellos dirigentes indígenas que no se han dejado absorber por el mundo occidental, que no han perdido en ningún momento el contacto con su pueblo. Muy sincera y convincentemente continúan esos incansables paladines su lucha por los derechos fundamentales de sus etnias: la posesión de sus tierras tradicionales, una educación fundamentada en sus culturas autóctonas, su participación en la solución de todos los problemas que los atañen, y la restitución de su papel central dentro del marco de la historia e identidad de la nación en que viven.

Ciertamente, hay entre estos dirigentes fieles a la problemática de su etnia algunos que simplemente no han encontrado aún la forma de operar como tales, o sea, de actuar con cierta perspectiva de efectividad. No se puede negar que en ocasiones el mismo dirigente condena al fracaso sus propios proyectos, por muy positivos y sinceros que sean, dado que se pierde en acusaciones, insultos y amenazas, impidiendo así toda posible comunicación entre indígenas y criollos. No obstante, quisiera subrayar que aquí no se trata sino de una falta de herramientas adecuadas para la labor de un dirigente –una falta corregible con relativa facilidad–, y de ninguna manera de una traición a su causa, como en el caso de aquéllos que a lo largo de su “carrera” se han convertido en meros políticos criollos, desligados de sus intenciones originarias.

Al manifestarse, entonces, dos “tipos” fundamentalmente distintos de dirigentes indígenas –el alienado, criollizado, y el que sigue percibiendo la verdadera problemática de su etnia a pesar de las imposiciones sociopolíticas de la cultura occidental–, se plantea aún más enérgicamente la

19. Guaramato, Pedro: art. cit.; pág. 175.

pregunta ya formulada: ¿Hay dirigentes indígenas que verdaderamente sean representantes de su etnia? ¿Cuáles? ¿Pertenece a uno de los dos “grupos” mencionados, ya existentes, o tendrá que surgir, tal vez, un “nuevo tipo de dirigente indígena”?

Para contestar estas últimas preguntas, es preciso llegar a conocer lo que no aparece ni en libros, ni en revistas científicas, ni en publicaciones de prensa: la actitud de los indígenas mismos, o sea, de los integrantes de las comunidades aborígenes, de aquellas personas que supuestamente son “representados” por ciertos dirigentes. En una publicación del año 1984 leemos la siguiente afirmación: “... nuestros aborígenes no bajaron su cabeza ni abjuraron de su condición de hombres con una cultura afianzada en la tierra y la creación, ni llegaron a sentirse descubiertos.”²⁰ ¿Será cierto?

Dentro del marco de este estudio se ha efectuado una encuesta con el fin de conocer la verdadera actitud de los integrantes de la etnia waiú frente a la historia venezolana y su propia situación dentro de ésta, y precisamente de aquellos integrantes que están en continuo contacto con la población criolla.

El contenido de la encuesta se divide en cinco partes:

- (A) Datos personales
- (B) Preguntas acerca del 12 de octubre
- (C) Preguntas acerca de la independencia venezolana
- (D) Preguntas acerca de la comunidad indígena
- (E) Preguntas acerca de la sociedad venezolana contemporánea.

Cada parte de la encuesta contiene varias preguntas, de las cuales una, respectivamente, figuró como “pregunta clave” en el procesamiento de los datos. Estas preguntas (de un total de 28) son:

Parte A: ¿Qué nivel educacional tiene?

Parte B: Lo que ocurrió el 12 de octubre de 1492, ¿fue el inicio de un proceso positivo o negativo? ¿Debería celebrarse el 12 de octubre o no?

Parte C: ¿Cree que los indígenas han sacado algún provecho de la independencia venezolana? ¿Cuál?

Parte D: ¿Habla en su propio idioma con sus familiares y amigos?

Parte E: ¿Qué debería hacer el gobierno por los indígenas?

Las demás preguntas tuvieron un valor complementario en la evaluación de la encuesta. La

20. Blanco Muñoz, Agustín: “¿Cuál descubrimiento? ¿Cuál civilización? ¿Cuál raza?”, en: *El Nacional*, Caracas, 12/10/1984.

encuesta misma se realizó en forma oral, modificando el nivel lingüístico y conceptual de las preguntas según las condiciones personales de cada entrevistado.

La encuesta se llevó a cabo entre diciembre de 1986 y enero de 1988. La zona de encuesta fue la ciudad de Maracaibo, y allí, varios lugares específicos: obras de construcción, mercados, el barrio Ziruma, y la Universidad del Zulia. Se entrevistó, en total, a 48 personas (23 femeninas y 25 masculinas), de edades entre 13 y 52 años. Se trataba de personas de diversos niveles educacionales, y precisamente, desde un analfabetismo total hasta una formación universitaria iniciada. Los entrevistados, todos pertenecientes a la etnia waiú, representaban 4 grupos profesionales: obreros, comerciantes, artesanos, y estudiantes.

Como resultados de la encuesta se evidenciaron las siguientes tendencias:

(1) Tendencia general:

El proceso de “aculturación” ha tenido efectos muy profundos entre los integrantes de la etnia waiú, más de lo que se podía suponer. Ello se manifiesta en las respuestas de todos los entrevistados, aunque, a veces, en diferentes grados:

Con respecto a sexo y edad, no se dan diferencias en cuanto a los efectos de la aculturación.

Con respecto a la profesión, no se manifiestan diferencias en la intensidad de las huellas que ha dejado el pensamiento occidental en las opiniones de los waiú, pero sí se nota una diferenciación en cuanto a los respectivos enfoques: la preocupación primordial resulta ser, en el caso de los obreros, la problemática de trato, servicios sociales, etc.; en el caso de los comerciantes, la consideración de ventajas y desventajas económicas; en el caso de los artesanos, la integración de los trabajos tradicionales waiú en la línea de los productos nacionales; y en el caso de los estudiantes, el acceso a profesiones “superiores” para los waiú.

Con respecto al nivel educacional, se muestra una diferenciación muy pronunciada: cuanto más alto es el nivel educacional, más se nota la adaptación a la cultura occidental, hasta tal grado que en los niveles más altos se encuentra una actitud paternalista parecida a la de los colonizadores, misioneros y “falsos indigenistas”.

(2) Tendencias acerca del tema del 12 de Octubre:

- Sin excepción (!) se valora como positivo y hasta vital y necesario el proceso iniciado el 12 de octubre de 1492.
- Sin excepción (!) se apoya la denominación del 12 de octubre como “Día de la Raza”, calificándolo como “día nuestro”. Sin embargo, hay entre todos los entrevistados una gran con-

fusión en cuanto a las razas realmente existentes en Venezuela, y en cuanto al trasfondo de “lo criollo”.

Conclusión: Aparte de haberse aceptado plenamente el planteamiento colonialista de la “salvación” —lo que refleja la falta de una verdadera conciencia étnica—, no hay tampoco conciencia étnica en el sentido de concebir una unión étnica entre los distintos grupos indígenas frente a los grupos no indígenas (o no puramente indígenas).

(3) Tendencias acerca del tema de la independencia venezolana:

- Ninguno (!) de los entrevistados concibe en su plenitud la significación del concepto “independencia”; las respuestas van de alusiones a ciertas ideas democráticas hasta la total incompreensión (¡sin tratarse de problemas de terminología!). Entre los entrevistados de bajo nivel educacional ni siquiera existe una conciencia de la problemática como tal.

- Todos (!) afirman que los indígenas han sacado cierto provecho de la independencia venezolana, viendo este provecho en un mejoramiento de las condiciones de vida.

Conclusión: Se manifiesta una fusión total del pensamiento del waiú con el desarrollo histórico de Venezuela a partir de la colonización, aceptando desde un principio un papel inferior del indígena.

(4) Tendencias acerca del tema de la comunidad indígena:

- Todos (!) conservan, en mayor o menor grado, tradiciones de su pueblo; en primer lugar, el idioma y las manualidades. Sin embargo, con mayor nivel educacional se halla, proporcionalmente, una menor conservación de elementos culturales indígenas (idioma, manualidades verdaderamente tradicionales, fiestas, cuentos, etc.), y menor contacto directo con las comunidades que residen en la Alta Guajira.²¹

- Todos (!) se consideran tanto waiú como venezolanos, aunque hay que mencionar que con mayor nivel educacional, la conciencia de pertenecer a la etnia waiú pasa a segundo lugar.

Conclusión: En general, se conservan muchos elementos autóctonos, pero esta conservación resulta ser inversamente proporcional al nivel educacional. Hay que subrayar, sin embargo, que no se manifiesta ninguna “vergüenza étnica” (como por ejemplo en el caso de los añu —“paraujanos”—, de la misma familia arahuaca).

21. Región situada al norte del estado Zulia, y que se considera zona de residencia tradicional de la etnia waiú.

(5) Tendencias acerca del tema de la sociedad venezolana contemporánea:

- El concepto de “civilización” resulta ser más que confuso entre los entrevistados. En general, se considera equivalente al de “cultura y forma de vida de los ‘alijuna’ ” (o sea, cultura y forma de vida occidentales). Sin embargo, a menudo ello ni significa una desvalorización consciente de la cultura indígena, sino simplemente una falsa acepción del término. Este último fenómeno se manifiesta sobre todo en los casos de bajo nivel educacional. Los waiú de alto nivel educacional, en cambio, sí expresan cierta desvalorización de su propia cultura, acercándose ya, al hablar de sus “paisanitos aún no civilizados”, a una actitud peligrosamente paternalista.
- Tanto la Iglesia católica como las sectas evangélicas siguen llamándoles la atención positivamente.
- No hay aspiraciones profesionales o económicas mucho más allá de las presentes condiciones de cada entrevistado, lo que significa una especie de resignación, sea consciente o inconsciente.
- Como medidas necesarias para apoyar a los indígenas se nombran, generalmente, el mejoramiento de las condiciones de vida, una mayor integración en el campo de trabajo, y la eliminación de la discriminación moral.

Conclusión: No se manifiesta ningún deseo de lograr una mayor valoración de los elementos autóctonos, es decir, ninguna defensa global de la cultura indígena frente a la cultura occidental. Lo que se expresa, es más bien el deseo de una integración del individuo waiú a la sociedad criolla.

Estos resultados nos llevan a ciertas conclusiones generales que evidencian claramente el peligro que la actitud de los mismos waiú significa para la sobrevivencia de su cultura y, con ello, para el mantenimiento de su identidad étnica.

Ante todo, se nota entre los integrantes de la etnia waiú que, a pesar de la conservación de múltiples elementos culturales indígenas, se ha dado ya una especie de congelamiento o paralización de los mismos. Es cierto que no hay ninguna “vergüenza étnica” entre los waiú, pero tampoco se manifiesta un verdadero “orgullo étnico” en el sentido de querer restablecer con mayor fuerza las culturas autóctonas. Lo que prevalece es, innegablemente, el deseo de integración, junto con cierto “orgullo étnico condicional”: los elementos tradicionales se consideran una especie de herencia folclórica que merece la pena conservar, más por nostalgia que por impulso de una verdadera conciencia étnica.

Todo este panorama pone drásticamente en duda el papel de los dirigentes indígenas. Se nos presenta el inmenso problema de que, obviamente, ninguno de los dos "tipos" mencionados de dirigentes indígenas existentes es realmente representante de su pueblo.

No lo es el dirigente luchador, fiel a su etnia, por partir en toda su lucha de premisas evidentemente falsas: primero, afirma una fuerte conciencia étnica con relación tanto a la propia etnia como al conjunto de los grupos indígenas en Venezuela. Esta conciencia, sin embargo, no se manifiesta entre los integrantes de la etnia, o sólo se manifiesta muy débilmente. Segundo, el dirigente "fiel" se basa en la voluntad de lucha de los indígenas. Pero esta voluntad parece que se ha apagado en gran parte; se nota, entre los mismos indígenas, más resignación que protesta, más oportunismo que autoconciencia, más pasividad que actividad.

Menos aún puede entenderse el dirigente alienado, "criollizado", como representante de su pueblo. Es verdad que, al argumentar este "tipo" de dirigente en favor de una mayor integración del indígena a la sociedad criolla, encontramos una correspondencia —hasta muy fuerte— entre las opiniones de los mismos indígenas y la de su dirigente, pero ello no puede valorarse, en sentido positivo, como "representación": primero, falta por determinar si se trata, simplemente, de un desarrollo paralelo de la alienación conjunta de la comunidad y la alienación personal del dirigente, o si el pensamiento de los indígenas se ha amoldado, con el tiempo, al de su dirigente, o si realmente el dirigente ha venido siendo, desde un principio, portavoz de los integrantes de su pueblo. Segundo, el papel de un dirigente "representante" debería ser más bien el de despertar nuevamente la conciencia étnica y la voluntad de lucha (estamos hablando de una lucha positiva, constructiva) para frenar así aquel proceso tan lamentable del etnocidio espiritual.

Resalta, por consiguiente, la necesidad de que surja un "nuevo tipo de dirigente indígena", el de un dirigente que, por un lado, sea fiel a su causa y no se pierda en una alienación personal, y que, por otro lado, sepa captar el ambiente de opiniones que reina en su pueblo, para poder convertirlo en un ambiente autoconsciente y luchador, y lograr así —y sólo así— aquello que está en boca de todos: la reafirmación étnica. De la futura existencia o no-existencia de este "tipo" de dirigente indígena dependerá que los pueblos aborígenes de Venezuela sobrevivan "exteriormente", o sea, arrastrando restos de su cultura para revestir una identidad ya falsificada; o que, por el contrario, se restablezcan también "interiormente", es decir, en el sentido de una recuperación de su verdadera identidad étnica.

CONCLUSIONES: PREPARAR A LOS HOMBRES...

¿Qué significa todo esto para una futura labor indigenista? Como hemos visto, aquel medio milenio de negación, con todas sus implicaciones, ha llevado a un colapso existencial entre las poblaciones, indígenas. Este colapso existencial puede resultar, espiritualmente, mortal para todas las etnias autóctonas que hasta ahora han sabido mantenerse en el territorio venezolano. Sólo una recuperación de la autoconciencia, o sea, de la conciencia, tanto de su propio **ser** (como miembro de su etnia y como individuo), como de la ubicación de este **ser** en el mundo y en la historia, puede lograr que el indígena venezolano recupere la fuerza vital que necesita para sobrevivir también espiritualmente. El restablecimiento de la identidad étnica de los pueblos indígenas de Venezuela, mediante la labor sincera y objetiva de dirigentes pertenecientes a las mismas etnias, tiene que ser, por ende, la base de cualquier proyecto indigenista. Pues sólo así puede encaminarse un indigenismo verdadero y fructífero, partiendo del seno de las mismas comunidades autóctonas.

Estamos, pues, frente a un problema educacional. Lo primero que habrá que hacer en materia de todo indigenismo, antes de cualquier elaboración de proyectos, nombramiento de comisiones, establecimiento de institutos, etc., es lograr, mediante la transmisión de un verdadero conocimiento, una verdadera conciencia del pasado, un cambio de actitud en todos los habitantes de este país. Un cambio de actitud entre los criollos y entre los mismos indígenas (tanto de los dirigentes como, por intermedio de ellos, de los demás integrantes de las etnias). Un cambio de actitud que, finalmente, llevará no sólo a la reafirmación étnica del indígena dentro de su nueva situación histórica, sino también, como consecuencia, a la reafirmación espiritual del venezolano en general. Pues siempre ha sido precisamente el rechazo —consciente o inconsciente— de lo indígena, el que ha creado entre los venezolanos una fuerte incertidumbre respecto a su identidad nacional, cultural y política.

No nos servirán, entonces, grandes proyectos indigenistas, si no se ha establecido anteriormente una sólida base espiritual. Sin esta base, cualquier proyecto de este tipo resultará detallista, efímero e intrascendente. No puede existir ninguna “interculturación” si ésta no se entiende como creación e interacción a partir del **ser**, de la propia conciencia de este **ser**, de la conciencia de identidad. Y esta conciencia, si se ha perdido, se puede recuperar, mediante una educación bien encaminada y bien aplicada.

Resuenan aquí las famosas palabras de Simón Rodríguez, y fácilmente podemos transformarlas en un nuevo llamamiento general: “Hay que preparar a los hombres, hay que educarlos para vivir... con , y no a pesar de, su pasado”.